

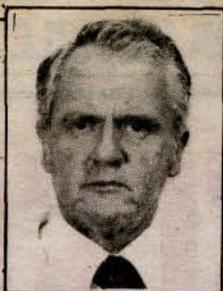
ULTIMAS NOTICIAS, STGO, 18-VI-1984.

726077

Soro y Leng

● Por Rodolfo Garcés Guzmán

TENIÁ apenas cinco años cuando asombró a todos con su primer concierto en público. Tan diminuto era que debió tocar de pie para alcanzar el pedal. Enrique Soro Barriga irrumpió de inmediato a la fama, digno hijo de un músico italiano que se enamoró de Chile y de doña Pilar Barriga, con quien casó.



La maestra del precoz artista, doña Clotilde de la Barra, iba de sorpresa en sorpresa al impartir clases al pequeño Enrique. Ella le interpretaba una lección y él la repetía sin omitir nota alguna.

Un maestro italiano, Doroteo Brescia, quien vino a dirigir la ópera en el Teatro Municipal de Santiago, escuchó al niño y dictaminó:

—Tiene mucho talento. Pierde el tiempo aquí. Debe ser enviado a Europa.

La familia no tenía recursos. La madre dirigía un colegio particular. El Viejo Mundo parecía un sueño inalcanzable. Sin embargo, estaba predestinado. Intercedió don Domingo Amunátegui. El Presidente Errázuriz, conmovido con este símil del Mozart niño, le otorgó una pensión del gobierno.

En Milán había dos plazas y cien postulantes a beca. Le pidieron que improvisara. Era como rechazarlo sin examen. Pero, ¿quién podría precisar la dimensión incomensurable de un inspirado? Fue admitido. Siete años en Italia. En sólo seis completó los doce del curso y obtuvo el Premio Único de Alta Composición. Años más tarde explicaría:

—Compongo de memoria. Pienso mis obras mentalmente, incluyendo la orquestación. Antes de escribirlas debo estar seguro de dominarlas al punto de

llevarlas al pentagrama directamente, sin borrador.

Su música es de factura academicista y de inspiración romántica. Su "Andante apasionado", notable como es, le valió aplausos internacionales y buenas entradas..., a su editor. Su "Romanza para violín y piano" fue tocada por Sarasate, en Milán, a poco de compuesta. "Aires chilenos" es un alarde maravilloso de armonía. Sus sonatas y danzas dan en el clavo ardiente de la perfección. Produjo alrededor de 400 obras.

Acabo de escuchar, grabado por el pianista Tapia Caballero, aquel "Andante apasionado". Forma parte de una cassette de este intérprete, ahora en Europa, con 16 obras, entre las que se cuentan tres chilenas. Las otras son de Alfonso Leng y están incluidas con motivo de su centenario y el de Enrique Soro, quienes vinieron al mundo en 1884. Ambos obtuvieron el Premio Nacional de Arte. Soro en 1948 —seis años antes de su muerte— y aquél, en 1957.

Leng, de ascendencia alemana, autodidacto, fue alumno de Soro en el Conservatorio Nacional de Música. Si bien distinguió también como odontólogo, se le recuerda por su denso lenguaje armónico. Compuso once canciones y piezas para piano, dos preludios y —entre otras obras— el poema sinfónico "La muerte de Alsino". Se inspiró en el inmortal personaje de Pedro Prado, con quien perteneció a la hermandad de "Los Diez" que llenó una gran época en el arte y las letras de Chile. Reveló, en esa obra, su temperamento y calidad musical.

Agradezco a Tapia Caballero, triunfador en Nueva York, Londres, París y doquiera mostró su virtuosismo, que me haya brindado la oportunidad de escuchar a tan preclaras figuras, en su técnica nacida del estudio y sutilizada por su alma inflamada de buena música. De su cassette surge mi modesto recuerdo.